

9931

# MELODÍAS EN LA NIEBLA



*Joel Gómez Flores*

MELODÍAS EN LA NIEBLA

Joel Gómez Flores

Joel Gómez Flores nació el 28 de marzo de 1937 en Totontepec, Villa de Morelos, en la sierra Mixe del estado de Oaxaca. Ingresó al magisterio como maestro bilingüe en los pueblos de Kotzocon y Metaltepec, de la región Mixe del estado de Oaxaca; se trasladó a la ciudad de México, donde en 1959 ingresó a la empresa denominada Casa Autrey, distribuidora de productos medicinales y ahí, mediante continuos cursos de capacitación, llegó a ocupar puestos muy importantes. Actualmente tiene un negocio propio. Urdiendo tiempo en el tiempo escribió su primer libro, editado en el 2000, El jubilado quiere morir de pie. Tiene otros títulos inéditos.



# MELODÍAS EN LA NIEBLA



MELODÍAS  
en la NIEBLA



*Joel Gómez Flores*

Clasif. \_\_\_\_\_

Adq. \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Valor. \_\_\_\_\_

1ª edición 2002

Producción:

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Dirección General de Culturas Populares e Indígenas

Prohibida la reproducción total o parcial  
sin autorización por escrito del autor

Impreso y hecho en México



BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION

*Dirección General de Culturas Populares*

## PRÓLOGO

El título de este libro, *Melodías en la Niebla*, se justifica porque en el pueblo de Totontepec Villa de Morelos, aun en tiempos de estiaje, por las tardes se cubre de niebla todo el pueblo y en ocasiones llueve, y si se encuentra tocando la banda de música, ésta sólo se escuchará, sin ser vista, debido a la densidad de las nubes casi a ras del suelo.

Este libro fue escrito para expresar mi modesto reconocimiento a la capacidad intelectual del maestro de música, compositor y arreglista jayacaxtepecano-totontepecano, Odilón Gutiérrez Cruz, más conocido en todos los pueblos de las regiones mixe, zapoteca y chinanteca, como "Manuel Pacheco", nombre familiar que usaremos en esta pequeña obra. También tiene como propósito este libro el dar a conocer algo de la idiosincrasia del pueblo mixe totontepecano, muy en especial de su arte musical y los nombres reales de aquellos hombres que se esforzaron para enriquecer y llenar de calidad la música de allá en lo alto de las montañas, en "donde las nubes nunca se van". Y en donde está situado Totontepec Villa de Morelos, Oaxaca.

Mi admiración y muy gratos recuerdos para estos maestros quienes junto con sus alumnos, ensayaron a marchas forzadas con el fin de presentarse con éxito en los estudios de las televisoras del Distrito Federal, donde causaron gran asombro, aunque por varios segundos, debido a una falla en la energía eléctrica de las instalaciones de ese complejo televisivo, quedó en penumbra, todos los integrantes de la banda de aquel entonces, no se inmutaron ante esta adversidad y así en la oscuridad continuaron tocando sin perder ni errar ninguna nota musical ni el compás que marcaba el tiempo de la melodía.



**BIBLIOTECA**  
**CENTRO DE INFORMACION**  
**Y DOCUMENTACION**

**Dirección General de Culturas Populares**

Honor y Gloria para los maestros ya fallecidos:

Delfino Reyes Villegas  
Ezequiel Guzmán Reyes  
Hipólito Rodríguez Guzmán  
Manuel Alcántara Fernández  
Odilón Gutiérrez Cruz "Manuel Pacheco"  
Otilio Conteras Ortega  
Francisco M. Reyes Martínez  
Sabino Reyes

Y mucho antes el maestro de maestros:

José Rómulo Reyes.

Antes de iniciar el relato que de viva voz escuché de "Manuel Pacheco" y que espero los lectores le encuentren el interés que le pretendo imprimir, me es oportuno recordar dos refranes bastante usuales que dicen: "Dos cabezas piensan más que una" y "La unión hace la fuerza", los cuales me dan pie para expresar mi reconocimiento y gratitud al Licenciado Ildefonso Reyes Soto, también oriundo, como yo, de Totontepec Villa de Morelos, quien aportó muchos datos fidedignos que fueron muy importantes para complementar con mayor veracidad los sucesos y personajes que relata este libro y también las fechas en que ocurrieron. De igual manera a él le debo en gran parte la corrección de mis errores de carácter gramatical.

Tampoco puedo omitir mi reconocimiento al arquitecto Francisco M. Reyes Alcántara, su colaboración cuidadosa para la captura final del texto de esta obra.

J. G. F.



MELODÍAS  
en la NIEBLA



BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION

*Dirección General de Culturas Populares*



Por primera vez lo vi sentado en una silla y acodado sobre una mesa y en la mano derecha malabareaba con un lápiz, quizá un poco impaciente esperaba oír una melodía que emitiría un pequeño fonógrafo articulado con unas cuerdas aceradas, del que la señora Delfina López de Alcántara daba vueltas a la manivela con el fin de hacerlo funcionar. Cuando empezó a oírse el tema musical, inmediatamente el señor Odilón Gutiérrez Cruz, más conocido y famoso como "Manuel Pacheco", nombre que usaré en este trabajo, comenzó a escribir en sus hojas de papel pautado ese caudal de notas musicales salido del fonógrafo. A mis escasos seis años de edad yo estaba fascinado al escuchar dicha melodía, pero muy pronto me hastió oír la misma en tan repetidas ocasiones, sin que pueda hoy precisar cuantas veces la señora Delfina hizo sonar el aparato musical para que el señor "Manuel Pacheco" pudiera escribir la melodía completa.

Muchos años después esta escena se presentaba en mi mente claramente, como si apenas hubieran transcurrido unas cuantas horas de aquella breve vivencia de hace aproximadamente cincuenta y siete años.

En aquel instante de dicha escena el señor "Manuel Pacheco" apenas había cumplido veinte años de edad. Y hoy, a sus setenta y siete años, está ya en el ocaso de su existencia y también profesionalmente en su especialidad que es la de Maestro de Música, aunque aún se encuentra en pleno uso de sus facultades mentales, mas no así de sus extremidades superiores, de las cuales el brazo izquierdo lo tiene paralizado a causa de una enfermedad incurable; aunque camina perfectamente, en su rostro se refleja el sufrimiento que le causa el mal que padece y

debido a ello irreversiblemente su existencia se extingue a grandes pasos y quizá presintiendo la proximidad de su viaje sin retorno, colaboró muy entusiastamente conmigo para escribir memorias de su vida, las cuales trataré de plasmar en esta pequeña obra.

Empecé preguntándole de aquella escena descrita ya en principio y él comentó esto:

–“Sí, tienes toda la razón del mundo, en aquellos tiempos y en nuestra región, tan apartada de la civilización, era la única forma para copiar las novedades musicales y después las instrumentábamos entre todos los maestros para incluirlas en el repertorio de la banda municipal y efectivamente, mis amigos de aquel entonces, el matrimonio compuesto por el señor Ismael Alcántara y la señora Delfina López, eran de los pocos que en esa época poseían un aparato musical que conocíamos como “vitrola” articulado con cuerdas de acero y por nuestra amistad ellos no escatimaban ese objeto y los discos, o tal vez porque también eran muy amantes del arte musical, ya que incluso en ocasiones me comunicaban sus nuevas adquisiciones de las que yo copiaba gustosamente. Me imagino que en una de estas ocasiones estabas ahí”.

–Yo era muy pequeño; pero la melodía que salía de esa pequeña caja me llamó la atención –le dije–.

–“La banda municipal de aquella época -continuó diciendo- contaba con cincuenta elementos y veinte más ya capacitados esperando ingresar cuando esto fuera necesario y posible. También había seis excelentes maestros y los más destacados eran los señores Manuel Alcántara Fernández, Ezequiel Guzmán Reyes, Delfino Reyes Villegas y Otilio Contreras Ortega. Se puede decir que desde los años cuarenta Totontepec atravesaba por un auge musical muy importante en comparación con las demás razas y poblaciones vecinas, me refiero a las zapotecas y chinantecas de nuestro paralelo; esa supremacía nos motivaba, estar más actualizados en las nue-

vas tendencias musicales de la época y éstas se adquirían copiando las melodías que traían los discos provenientes de la capital del Estado, aunque en algunas ocasiones los demás maestros traían alguna novedad y cuando esto sucedía, muy solidariamente les hacíamos los arreglos de sincronización para todos los instrumentos, aunque en realidad ellos se inclinaban más por escribir la música autóctona que en aquella época resultaba muy rentable, la cual a veces teníamos que ir a montar en otros lugares donde la solicitaran, dada la abundante producción que había en nuestro pueblo. En los ensayos se ocupaban muchos días para dejar las obras en condiciones de estreno y había tanta demanda que tuvimos que acelerar la capacitación de los nuevos valores de la música para poderla cubrir y no obstante que esos noveles aún no escribían partituras, ellos acudían a esos lugares a poner las obras de los maestros. Yo en lo personal sentía que estaba estancado en cierta monotonía y mi espíritu inquieto me ordenaba conocer más a fondo sobre las innovaciones musicales que estaban viviendo los habitantes de la capital del Estado. Y así, siendo aún muy joven, me propuse viajar a la ciudad de Oaxaca, tarea nada fácil por la falta de carretera y vehículos teniendo que hacerlo a pie y por caminos difíciles”.

-En realidad los viajes a Oaxaca, y a cualquier comunidad cercana a nuestro pueblo, era, muy penosos por lo fatigoso y los bulto a cuestras -complementé la explicación-.

-“Con esa idea en mente -prosigue “Manuel Pacheco”- llegué a casa del señor Antonio Gómez Flores, hombre de mediana estatura y de complexión delgada aunque se adivinaba su fortaleza física; el pelo negro de su cabeza contrastaba un poco con el de su barba prematuramente ya pintando canas; en su nariz recta se observaba cierto movimiento involuntario producido quizás por alguna alergia crónica; su mirada era profunda, y en sus ojos café

claro reflejaba toda su vivacidad e inteligencia, pues tenía apenas sesenta años de edad pero había acumulado grandes experiencias que lo acreditaban como un verdadero líder para los habitantes del pueblo, además de haber ocupado en tres diferentes ocasiones la presidencia municipal; en este aspecto para él lo más importante fue derrotar al señor José Roberto Alcántara Soto, líder principal de aquel entonces, quien ocupó muchas veces ese cargo tan importante en la comunidad. Independientemente de ser los únicos rivales enconados en las contiendas electorales, ellos constantemente reñían a golpes, debido a que el señor José Roberto Alcántara Soto, vivía en calidad de amasiato con las dos primas del señor Antonio Gómez Flores, de nombres Regina y Rómula Gómez Fernández, que a decir verdad nadie soportaría tan tranquilamente semejante humillación y menos aún cuando todos los habitantes sabían que el señor Alcántara, además de vivir en unión libre con las hermanas Gómez, tenía dos concubinas más con quienes naturalmente tuvo hijos; pero con las hermanas Gómez tuvo mayor número de descendientes”.

—Esto que acaba usted de platicar es en verdad del dominio público, por lo tanto no se puede dudar -le dije y luego siguió.

—“Al paso del tiempo el señor José Alcántara murió a la edad de setenta y ocho años e insólitamente al mismo tiempo el señor Antonio Gómez se retiró de la vida política, a la vez que su respetabilidad se iba agigantando porque para entonces todos los hijos de las hermanas Gómez ya lo querían como verdadero tío que era y a esas alturas se decía que una tercera parte de los habitantes de Totontepec la poblaban familias con apellido Alcántara. Con estos antecedentes de don Antonio en mi mente lo busqué; pero también me motivaba acudir a él por ser un hombre de negocios que viajaba continuamente a la ciudad de Oaxaca, en donde compraba las mer-

cancias para surtir su tienda de abarrotes y lo hacía tres o cuatro veces al año, por lo tanto conocía muy bien las mejores rutas y las temporadas más idóneas para viajar. No se sabía que hubiera fracasado o accidentado en ocasión alguna durante sus viajes.

—Considero que la fama de mi abuelo como viajero se debía a que muy pocos emprendían viajes de varios días a otras partes. ¿No es así?—Interrumpí a “Manuel Pacheco” y él me contestó con un “así fue” y luego continuó.

—“Después de saludarnos mutuamente le traté mi inquietud muy directamente diciéndole: Señor Antonio ¿cuándo será su próximo viaje a la ciudad de Oaxaca? Él me respondió: ‘Estoy preparándome para partir en cuatro días’. Y tomando su libreta de apuntes me siguió diciendo: ‘¿Quieres que te traiga algo en especial, Manuel? Dime ¿qué es?’. No señor, le respondí, no se trata de eso, sino que yo también quiero ir a Oaxaca y vengo a ver si usted me acepta en su grupo. Naturalmente que a él le sorprendió un poco la petición, porque moviendo negativamente la cabeza me respondió: ‘¿Estas preparado para viajar cuatro días de ida, dos o tres de estancia en la ciudad y nuevamente cuatro días más para regresar?’. No don Antonio, volví a responderle, no estoy preparado en lo absoluto, pero me preguntaba si usted querría proporcionarme una lista de las cosas más elementales para el viaje. ‘Con mucho gusto, -volvió a responderme-, en primer lugar necesitas un mozo para que cargue tus cosas porque yo te conozco muy bien, como conozco a los demás jóvenes y sé quiénes son capaces para una cosa y quiénes para otras. Tu especialidad es escribir música y en eso te has distinguido. También eres muy deportista porque sabes saltar y dar piruetas y no sé cuántas cosas más; tú no eres de los jóvenes rancheros que van y vienen de sus ranchos caminando días enteros con cuarenta o cincuenta kilos de peso en maíz, frijol o café, atados a su espalda; pero ellos ya han acostumbrado sus cuerpos

para soportar esos castigos. Tú eres distinto y no vas a poder cargar tu consumo, ni lo equivalente a la mitad de tu propio peso'. Señor, le pregunté, si consigo el mozo, ¿me aceptaría? Mirándome directamente a los ojos me respondió: 'No me has entendido, lo que trato de decirte y óyeme bien lo que te voy a decir, para hacer un viaje tan largo uno no puede darse el lujo de jugar un albur. Yo te aseguro que tú únicamente podrás caminar al paso de mis bestias pero sin que cargues nada, en caso contrario te estarías jugando un albur'.

—¿Y usted qué hizo ante tal advertencia? ¿Siguió usted pensando en ese viaje? le pregunté un poco vacilante.

—“Desde luego que sí —me contestó—. Dándole las gracias me alejé presuroso; me iba imaginando que únicamente me quedaban tres días para reunir todo lo necesario para el viaje y debería mandar hacer mis totopos, pinole, chintestle y compraría carne seca, café molido, panela... Navaja ya tenía, machete y también lámpara de mano. Revisé mis huaraches y los vi en buen estado, pero compraré un par de correas por si acaso. Eso me dije”.

—En realidad lo único que le faltaba eran los alimentos. ¿verdad? -lo interrumpí otra vez.

—“Así fue -me respondió y continuó su narración-. El día cuatro de marzo a las cinco de la mañana, quince bestias y ocho hombres salimos; con extrañeza me di cuenta que cuatro hombres llevaban carga más ligera en relación a los otros cuatro y momentáneamente pensé que era una injusticia. Pronto mi mozo se reunió con los que llevaban las cargas pesadas, quizá para ir platicando o simplemente para caminar al mismo ritmo todos. Los cuatro hombres de carga ligera eran los que iban arreando las bestias con gritos y chiflidos. Constantemente se acercaban a las nobles bestias para revisarles las cargas, de manera alternada, demostrando con ello que realmente había mucho entendimiento entre todos. Íbamos caminando cuesta arriba, por eso hombres y bestias su-



dábamos copiosamente. El señor Antonio venía hasta atrás y yo tuve que aminorar el paso para podermele emparejar e ir platicando con él, pues la verdad es que ardía de curiosidad por saber cómo lograba ese magnífico orden y de inmediato le pregunté al respecto, a lo que él muy entusiastamente comentó: 'Tú ya sabes que tengo algunos hombres a mi servicio, los cuales llegan solos a ofrecirme sus manos para trabajar; pero nadie lo hace por placer, sino que todos llegan empujados por la necesidad de alimentar a sus familias y yo siento que mi casa es como un árbol que tiene muchos frutos y por eso está siempre lleno de pájaros, que en este caso son los trabajadores. En ambos casos no es obra de la casualidad, el árbol está viviendo en un suelo fértil, lo cual le da la capacidad de producir abundantes y buenos frutos; también en mi casa hay abundancia y muchos lo saben, por eso les inspira la confianza de que mientras estén trabajando ahí, ellos por lo menos van a estar bien alimentados. Ahora bien, independientemente del salario que reciben, todos tienen la esperanza de recibir los granos excedentes de mi coscomate (silo donde se guardan las mazorcas) y para que esto suceda, ellos tienen que cuidar muy bien de las siembras ya que éstas necesitan ser regadas y desyerbadas a tiempo, pues aunque no hay capacidad, todos cumplen eficazmente con sus tareas, porque saben bien que habiendo buenas cosechas todos y equitativamente recibirán parte de las mismas como recompensa a su dedicación'."

-Por lo que oigo, mi abuelo Antonio usaba un método bastante efectivo para atraer a los trabajadores, -le dije algo complacido.

-“Era listo y buena gente -acotó “Manuel Pacheco” y siguió contando- respecto a los viajes, me iba diciendo don Antonio, en cada uno de ellos llevo pieles que los mismos trabajadores curten en las instalaciones que tengo y aunque reciben un sueldo acordado para las faenas

más importantes, no se incluye la vigilancia y el tiempo que requieren las pieles para curtirse, por lo que del esfuerzo extra que realizan gustosamente, en cada viaje les compro mantas para sus familiares; con esto, te darás cuenta, todos se sienten obligados a hacer bien y ordenadamente sus trabajos, pues de lo contrario corremos el riesgo de fracasar y todos saldríamos perdiendo, principalmente yo que soy el principal protagonista de este juego por la vida, por lo tanto no debo permitir que fracase esta pequeña empresa de la cual dependemos, sino todo lo contrario, tengo la responsabilidad de fortalecerla para que incrementemos nuestras ganancias, y con ello más peones encuentren acomodo en ella y repartirles honradamente a todos más granos alimenticios o de lo que resulte a su favor, respetando una costumbre que se ha convertido en ley aunque no esté escrita en las páginas de algún código”.

Yo cada vez me sentía más orgulloso al escuchar lo que mi interlocutor decía sobre mi abuelo, por eso ya no quería interrumpirlo.

—“Yo ya sabía de su éxito y muchos lo consideraban como el hombre más rico del pueblo, -me siguió platicando “Manuel Pacheco”- y yo a veces me preguntaba del por qué la mayoría se iba a trabajar con él y es más sorprendente aún cuando dice el vulgo que él no le presta dinero a nadie como anticipo para una labor posterior. Ahora comprendo que los que no acuden a él es porque están pagando deudas contraídas anticipadamente con otros patrones y seguramente están suspirando por ingresar al grupo del señor Antonio con el fin de mejorar sus ingresos. Yo pensaba en todo esto cuando me comentó el señor Antonio: ‘pronto estaremos en la mera cima del cerro y ahí comeremos’. Me extrañó un poco ver que únicamente tres hombres arriaban a los animales, creyendo que el otro había entrado al bosque para satisfacer sus necesidades fisiológicas; pero no fue así, sino

que el cuarto hombre se había adelantado y ya nos esperaba en una planicie, en donde había hecho una fogata y también ya hervía el café. Los arrieros rápidamente libraron a los mulos de sus cargas, los cuales se pusieron a pastar alegremente, mientras nosotros nos acomodamos como pudimos alrededor de la fogata, ya que después de cinco horas de caminata en dirección ascendente estábamos cansados y hambrientos y era hora de tomar nuestros alimentos, consistentes en pinole (polvo de maíz tostado, mezclado con panela), disuelto en agua fría, totopos (tortilla tostada, muy ligera, especial para viajes) embarrados con chintestle (pasta de chile seco molido) y acompañados con tasajo asado (carne de res oreada cortada en tiras) y, por último, el café caliente endulzado con panela. Sin duda que después de tomar nuestros alimentos, estábamos ya muy fortalecidos para continuar la marcha. Hasta las bestias de carga habían comido su ración de maíz entero seco, que también era parte de la provisión”.

—Entonces don Antonio era realmente un experimentado previsor, ¿no es así? —interferí su narración.

—“En efecto así era tu abuelo —dijo “Manuel Pacheco” y reanudó la plática— Al reiniciar nuestro camino el señor Antonio me comentó: ‘ahora el camino se torna descendente de aquí hasta el río’. Este comentario me animó mucho de tal manera que decidí darle una manita a mi mozo cambiándole su carga pesada por la mía ligera y así empecé a caminar cuesta abajo, pensando que no era tan difícil el camino ni tan pesada la carga; pero cuatro horas después veía el camino interminable, aunque el rugir del tercer río que íbamos de cruzar, pues ya habíamos pasado el río Toro de Totontepec y el de Tiltepec poco caudalosos, ese tercero, conocido como Río Brujo, se oía cada vez más cerca; pero la densa vegetación me impedía verlo para por lo menos calcular a qué distancia quedaba. Otra cosa, sentía que el calor iba en aumento a cada

paso hasta el punto de lo insoportable, con lo cual empecé a sentir que mis piernas me temblaban y cada paso que daba los huesos de mis rodillas crujían y amenazaban con romperse, así pasamos el pueblo de Yalalag o Villa Hidalgo; pero aún así no aflojaba yo el paso para no rezagarme mucho y porque yo no quería que los demás se dieran cuenta de mi deplorable estado de ánimo. En esas condiciones llegué, junto con los demás, a la orilla del cuarto río llamado de Yalalag, también conocido como Cajonos, y por estar afectado de una crisis depresiva no me había dado cuenta que mi mozo venía muy cerca detrás de mí, quien se dio cuenta que yo intentaba deshacerme de la carga en forma por demás brusca, la cual él atrapó casi cuando ya descendía de mi espalda y en ese mismo momento me advirtió: 'no intentes meterte al agua tan pronto, es mejor si te enfrías un momentito, pues de lo contrario corres el riesgo de un calambre posteriormente'. Al momento me di cuenta que hombres y bestias bebían el agua del río todos en la orilla, quizá los primeros por experiencia y las bestias por instinto; pero nadie se metió al agua tan rápidamente y así, a mis veinte años de edad, estaba yo recibiendo una lección para la preservación de mi integridad física.

-Bien dice el dicho que todos los días se aprende algo nuevo, -le solté mi opinión.

-“Así es Joel. Ahora, para cruzar el río, ya no me preocupaba, porque pensaba que sin duda ellos ya sabían cómo hacerlo sin causarse ningún accidente, aunque el río se veía muy amenazador, sus turbulentas aguas corrían con mucha velocidad y no se podía calcular su profundidad; pero las bestias caminaban ya río adentro y con dirección a la corriente y a la otra orilla. En eso el señor Antonio se me acercó para indicarme: 'Tú sigue muy de cerca a la última de las bestias y camina por donde vaya aunque te parezca absurdo lo que haga, tú síguela y no bajes la vista a querer mirar el agua, mejor fíjala en sus

ancas'. Así lo hice y aun cuando el agua en unas partes me llegaba hasta la cintura, lo cual me daba cuenta cuando mi guía se hundía ligeramente y también zigzagueaba, yo no le perdía el paso. Momentos después ya estando todos al lado opuesto del río, me comentó el señor Antonio: 'Este río, aparentemente manso, ya ha cobrado muchas vidas, y han sido de aquellos que muy confiadamente lo osan atravesar sin ninguna precaución y cuando están a la mitad de su cauce empiezan a sentir vértigo y pánico cuando no evitan ver que el río corre velozmente a sus pies, entonces la mente distorsiona el sentido de la vista provocando la sensación que son arrastrados velozmente en sentido contrario a la corriente de agua e irremediablemente caen para ser arrastrados y si no reaccionan a tiempo, llegan donde el río empieza a reducir su espacio al entrar en un cañón estrecho, en donde se torna más violento, azotando las aguas contra cientos de rocas afiladas y más adelante se precipita violentamente a una altura de unos diez metros y aunque no hay piedras al final de su caída, la fuerza del agua ha formado una poza aproximadamente de cinco metros de profundidad, lo suficientemente honda como para que las personas que no saben nadar se ahoguen ahí'.

-Entonces sí había razón para esas advertencias previas de mi abuelo -complementé.

-“Tenía mucha razón -contestó “Manuel Pacheco” y luego prosiguió narrando-. Reiniciamos la marcha. Ahora es cuesta arriba y a dos horas de camino se encuentra el poblado de San Mateo Cajonos; pero nosotros pernoctamos a las orillas del pueblo, porque los animales tienen que pastar. Así fue como improvisamos nuestro campamento al aire libre y los mozos del señor Antonio se repartieron los avíos de las bestias para dormir sobre ellos, las mercancías fueron cubiertas con mantas enceradas para que en caso de alguna eventual lluvia no se mojaran. Hasta entonces me di cuenta de la mercancía que el

señor Antonio llevaba a la capital, eran pieles de res curtidadas, panelas empacadas con capas de tallos secos de plataneras, y aguardiente de caña. Aunque yo estaba muy cansado, igual que los demás, me puse a observar el firmamento lleno de estrellas. Esa noche no había luna, y en la tierra no se podía distinguir ni siquiera a dos metros de distancia, pero yo, acostado boca arriba, empecé a escudriñar el cielo y me pareció que en el cerro Zempoaltépetl, del territorio mixe, en su cúspide albergaba millares de estrellas y que constantemente éstas se movían, como si quisieran acomodarse en algún lugar preferente, a otras las imaginaba pendiendo de las ramas de algunos gigantescos árboles que viven ahí”.

—Lo que me acaba de platicar tiene un toque poético -le comenté- aunque los músicos en verdad la mayoría son poetas.

—“En mi caso no, Joel; aquí creo oportuno mencionarte que en las letras de algunas de mis canciones he recibido la ayuda de algunas personas, por ejemplo en “FINA”, dedicada a mi difunta primera esposa y “FLOR DESHOJADA”, fue mi compadre Poncho, Ildefonso Reyes Soto, quien les dio algunas correcciones; de igual forma el paisano Noé Alcántara Gómez me ayudó a ponerle letra a “HISTORIA DE MI VIDA”, por eso no creo que todos los músicos son poetas; pero te quiero seguir platicando. Al siguiente día, a la hora de la comida allá en lo más alto de un cerro de la región zapoteca, pude contemplar casi todos los pueblos de esta región, los cuales se podían ver porque no había mucha vegetación que lo impidiera, causándome impresión tener a la vista grandes extensiones de terreno sin árboles, no como en mi pueblo en donde sí abundan; pero algo inexplicable para mí, también había grandes extensiones que estaban recién labradas, listas para ser sembradas de maíz, frijol o chile, y me preguntaba yo: ¿Cómo, estando tan desolado, podía germinar alguna semilla ahí? Yo quería una expli-

cación de esto que me inquietaba motivado porque en mi pueblo no hay espacios sin vegetación y las nubes siempre están presentes, viajando continuamente para después provocar fuertes lluvias, o por lo menos continuas lloviznas, que hacen germinar muy rápidamente las semillas, pero en estas tierras zapotecas se me hacía imposible que se realizara ese fenómeno de la naturaleza, por lo que tuve que preguntarle al señor Antonio. 'Aquí Dios premia el esfuerzo de los hombres -respondió muy interesado-, realmente los habitantes de esta región son muy esforzados, más que nosotros, ellos antes del alba ya están en sus parcelas esperando la claridad del día para iniciar sus labores y transportan el agua para regar sus tierras en cualquier forma, sin importar la distancia; también están concientes de que sus esfuerzos pueden ser a veces infructuosos, razón por la cual suelen ser muy ahorrativos, no desperdician absolutamente nada, todo el excremento de los animales domésticos lo almacenan en una gran fosa en donde se autoprocresa para convertirse en un potente abono orgánico y con este elemento natural fertilizan sus tierras; lo mismo cuando las milpas casualmente no dan frutos, de todos modos ellos le sacan provecho, pues recogen tallos y hojas para alimentar con eso a sus animales domésticos de trabajo y carga; por otro lado, aunque las lluvias son escasas, la semilla que ellos siembran está acostumbrada al clima seco, de un ciclo muy corto que les permite obtener dos cosechas al año, esto explica el porqué ellos son nuestros principales abastecedores de maíz cuando a nosotros se nos agota, pues aunque nuestras mazorcas son más grandes, éstas se cosechan diez meses después de la siembra. Nosotros hemos intentado producir el maíz que ellos siembran, y me imagino que también ellos han hecho igual con la semilla nuestra; pero nuestros esfuerzos han sido vanos, pues ni la semilla de ellos se adapta a nuestras tierras húmedas y tampoco la nuestra al clima

seco de ellos'. Así me sacó de dudas don Antonio -remató "Manuel Pacheco".

-Con razón dice por ahí un refrán de que "más sabe el diablo por viejo que por diablo" -le comenté.

-"Tres días después de haber subido y bajado cerros, lomas y laderas llegamos al poblado de nombre Santa Catarina Albarradas, en donde tanto los hombres como las mujeres llevan en la cabeza un paño, lo que para mí fué muy extraño, ya que los moradores de los demás pueblos en donde pasamos antes, los hombres usan sombreros en sus cabezas para protegerse del sol y de las lluvias y las mujeres se cubren la cabeza con sus rebozos trenzados, al igual que se acostumbra en mi pueblo también, aunque ardía en deseos por saber el porqué de esta diferencia de este pueblo, me abstuve de preguntar porque ahora ya los arrieros aseguraban la carga para hacer un ascenso muy riguroso y prolongado con el fin de llegar bien a la cima de El Campanario, uno de los cerros más altos que circunda al valle de Oaxaca, del cual dice don Antonio que en este lugar estuvieron acampadas las huestes revolucionarias del movimiento bélico de la época revolucionaria, pues resulta ser un buen mirador para poder atisbar las estrategias de las tropas enemigas, por eso yo creo fidedigna esta hipótesis, porque este lugar es muy alto en donde se puede observar una gran parte del valle de Oaxaca y en la cúspide tiene una planicie, que nosotros fuimos atravesando, lo suficientemente grande para albergar a centenares de contingentes; aún existen vestigios de ese asentamiento temporal en donde hay varias ruinas y largas hileras de piedras encimadas, signo de haber sido galeras rudimentarias para esos casos".

-En verdad es hermosa e interesante esta llanura allá en el cerro, pues yo también pasé por ahí -lo interrumpí.

-"Eso confirma lo que te estoy diciendo -me respondió "Manuel Pacheco" y continuó-. Ahí empieza la sinuosa pendiente para llegar al valle y cinco kilómetros



después entramos al primer pueblo de la inmensa llanura de Oaxaca, este pueblo se llama Santo Domingo del Valle, ahora Villa Diaz Ordaz, en donde dormimos bajo techo porque el dueño de la casa, que se llamaba Crispín, es amigo de don Antonio y, sobre todo, porque el señor Crispín contaba con suficiente forraje para las bestias de carga y con mucho espacio en donde podían pasar la noche amarradas. El siguiente día fue la última jornada y la más larga porque faltaban treinta y cinco kilómetros para llegar a la ciudad y había que hacerlo de día para evitar que las luces de los automóviles dieran en los ojos de los mulares que, según comentó el señor Antonio, es sumamente peligroso que se dé este caso, aclarando que las nobles bestias ven muy bien en la oscuridad pero que no soportan un reflector directo en los ojos y las puede asustar y hasta desbocarlas sin control. Así es que para evitar cualquier incidente, todos apretamos el paso; cuando faltaban aproximadamente unos diez kilómetros, según mis cálculos, sujetaron a las bestias en "fila india" de tres en tres y cada uno de ellos por delante jalándolas, emprendieron la marcha. No sé si era real o era por el cansancio que ya se apoderaba de mí, el caso es que yo sentía que todos iban caminando cada vez más aprisa y mis piernas las sentía a cada paso más pesadas, mis huaraches también me pesaban ya como si en vez de suelas estuvieran hechos de plomo y así, de vez en cuando, yo miraba las caras de mis compañeros, esperando ver en alguien alguna mueca de reproche o alguna muestra de cansancio, con la idea de solidarizarnos para pedir siquiera un momentito de tregua a tan maratónica caminata; pero no, a todos los veía impávidos caminando, pareciera como si para ellos no existiera el tiempo ni la distancia. Yo me cuestionaba el porqué de ese comportamiento y mi respuesta era que sólo sabe Dios cuántas veces han de haber pasado ya por esos mismos senderos cargando a sus espaldas siempre el mismo peso, tardando el mismo lapso

de un punto a otro, eso significaba que me encontraba solo en esta primera experiencia de resistencia física y que constituye también una de tantas materias con que cuenta la escuela de la vida. Así, arrastrándome casi y soportando fuertes dolores en mis pies, muslos y piernas, pisé por primera vez la ciudad de Oaxaca, en cuyas calles me sorprendió mucho ver que en unos postes muy altos colgaban lámparas que brillaban intensamente, semejando casi a la luz del día y por las ventanas de una de las habitaciones de una casa también colgaban unas diminutas lámparas tan brillantes como las primeras y creo que por la emoción de ver tantas maravillas, el cansancio y dolores que antes sentía se me olvidaron completamente. Así llegamos al mesón en donde nos fuimos a hospedar todos”.

—Ya me imagino cual fue su emoción -le dije- pues igual me pasó a mí cuando llegué por primera vez a la ciudad de Oaxaca. —Luego prosiguió “Manuel Pacheco”:

—“Mi primer día en Oaxaca, independientemente de admirar edificios, iglesias, comercios, mercados y la muchedumbre en las calles, yo fijaba mi atención en todo tipo de música, pues tomaba muy en cuenta el motivo primordial de mi viaje; así es que empecé a recorrer la calle principal saliendo del mesón con rumbo al centro de la ciudad. Al llegar en una esquina empecé a escuchar una melodía que salía de una cantina y aunque la música de esta canción me parecía bonita, la letra yo la sentía muy dramática. Ahí estaba yo parado escuchándola y en ese momento salió un hombre que se encontraba en el interior de la cantina, quien muy amablemente me invitó a pasar; pero con la misma amabilidad me negué a hacerlo, explicándole que yo únicamente estaba escuchando la música y él a su vez me dijo: ‘si en verdad quieres escuchar música, te recomiendo que vayas al zócalo porque ahí, en el kiosco, a las siete de la noche, toca la Banda del Estado, y si no te es suficiente, entonces acude a la

tienda «La Nueva Esperanza», que se encuentra casi a espaldas del Palacio de Gobierno; ahí no solamente venden discos, sino también hay variedad de instrumentos musicales'. Efectivamente, este incidente resultó ser un verdadero auxiliar para lo que tanto ansiaba encontrar. Sí, porque realmente en dicha tienda, a la cual me dirigí, estaban todas mis ilusiones representadas, pero mi alegría fue mayor porque sorpresivamente me encontré con un rostro conocido al grado que yo no daba crédito a esta visión. El señor Zeferino González, quien era originario del pueblo de Betaza, era un comerciante que recorría de nuestra región varios pueblos, los más importantes, a donde una vez por semana llegaba a vender toda clase de mercancías; a Totontepec llegaba los domingos. Él también me reconoció al momento y con una amplia sonrisa me tendió la mano para saludarme, yo emocionado le dije: Me imagino que esta tienda es de su propiedad. Él, poniendo suavemente una mano sobre mi hombro, me respondió: 'Efectivamente, amigo Manuel, y está a tus órdenes para lo que gustes, y como amigos a ti te haré descuentos especiales ya que te considero como uno de mis mejores amigos, porque no puedo olvidar aquella muy bella pieza musical que escribiste en mi honor, titulada «Mi amigo, incansable viajero».

—¿Y en verdad usted le había dedicado a él esa melodía? -le interrumpí con mi pregunta.

—“Fue una de mis primeras composiciones -me contestó “Manuel Pacheco” y luego siguió con su narración. Pasé más de tres horas en la tienda y entre plática y plática me puse a afinar algunos instrumentos, y me permitió comprobar la calidad de éstos. También me preguntaba por la suerte de sus amigos y conocidos totontepecanos, ante mi respuesta lo veía realmente entusiasmado al saber la buena salud de algunos; pero también era notable su congoja al enterarle de la precaria salud de alguien o del fallecimiento de alguno. Por último negociamos un

acordeón por el cual yo escribiría una pieza musical dedicada a su tienda, el título sería «La Nueva Esperanza». Salí de la tienda con un buen cargamento de discos con música moderna de diferentes ritmos y temas y también con el acordeón obtenido a cambio del tema musical que acordamos yo compondría”.

El señor Manuel calló. Por un momento era como si tratara de recordar algo que en su memoria se había borrado y que era muy importante, momento que aproveché para volverle a preguntar:

–Maestro Manuel, ahora dígame ¿cómo aprendió el arte musical? -me respondió:

–“Bueno, históricamente se dice que nuestra raza mixe nunca fue conquistada por las fuerzas armadas de los españoles, pero nuestros ancestros, sin que se hicieran notar, siempre estaban al tanto de las actividades de estos extranjeros en el pueblo de Villa Alta y de esta manera se enteraron que dentro de la iglesia cantaban y tocaban música, aunque ésta fuera únicamente del género teologal, pero a ellos les deleitó el oído al escuchar estas melodías. Se dice que con el fin de aprender este arte, poco a poco se fueron acercando a la iglesia en donde los frailes dominicos enseñaban música y cantos a los indígenas zapotecas y aunque los frailes conocían ya el carácter rebelde de los mixes, con mucha cautela los fueron aceptando con el fin de evangelizarlos y desde entonces los mixes fueron cautivados por el arte de la música y se puede decir que por este medio fueron conquistados espiritualmente, unidos la religión y el hechizo del arte musical, tan es así que nuestra raza la adoptó a éste como parte de su acervo cultural. Desde entonces en todos los pueblos mixes es obligación para casi todos los niños ya en edad de poder memorizar o aprender la solfa para posteriormente incorporarlos a las bandas filarmónicas de las localidades. En mi pueblo natal, San Francisco Jayacaxtepec, agencia del municipio de Totontepec, don-

de nací el día 1° de Enero del año de 1921, contando yo apenas con escasos cinco años de edad, empecé a estudiar la solfa junto con otros niños de la misma edad; en aquel entonces fungía como maestro de música el señor Sabino Reyes, quien también dirigía la banda del pueblo, él fue mi primer maestro de solfa y hasta los ocho años ingresé a la primaria del pueblo, en donde impartían clases únicamente hasta el cuarto año de primaria; pero yo quería estudiar hasta terminar el sexto grado, para conseguirlo era necesario trasladarme a Totontepec, en donde sí había hasta el sexto grado; contando con el permiso de mis padres adoptivos, me fui a vivir a este municipio en la casa de unos familiares y así pude culminar la escolaridad primaria, alternándolo con los estudios de solfeo. En Totontepec y en aquellos tiempos no había muchas alternativas para la superación, existiendo únicamente dos caminos: trabajar en el campo o estudiar música y con suerte, después de algunos años, convertirse en maestro de la especialidad. Yo escogí ésta última, aunque en mis tiempos libres ayudaba en las tareas del campo a los familiares con quienes yo vivía. A los doce años de edad me incorporaron a la banda municipal en donde tocaba el trombón; pero mis aspiraciones iban más allá que ser un simple integrante de la banda, pronto me hice el propósito de aprender a pulsar casi todos los instrumentos, incluyendo el teclado. Este último lo aprendí en la iglesia del pueblo, en donde había un armonio y lo tocaba el gran maestro José Rómulo Reyes, alternándose con los señores Samuel Alcántara Gómez y Florentino Reyes Cruz que, aunque el segundo era lírico, lo hacían muy bien los tres y quienes me enseñaron a tocar este instrumento. Debido a los múltiples compromisos rituales de la religión, mi participación resultó vital para cubrir casi todas las ceremonias del rito católico. Luego por las constantes ausencias de los directores de la banda municipal de Totontepec, ocasionalmente yo empecé a dirigirla. En

1949, cuando estaba fungiendo como presidente municipal el muy entusiasta señor Amando Alcántara, él mandó traer una marimba y con ésta se formó una orquesta, en la cual naturalmente yo participé, donde los señores Samuel y Manuel Alcántara y yo tocábamos esa marimba y otros los demás instrumentos”.

—Puedo pensar que con todo esto usted ya había logrado gran parte de sus inquietudes musicales -le comenté no sin admiración.

—“Eso pensé; pero en realidad no fue así por lo que más adelante te platicaré -me contestó con mucha franqueza y “Manuel Pacheco” volvió a hacer otra pausa.

—Señor Manuel -le dije-, ¿usted llegó a ocupar algún cargo importante en la comunidad de Totontepec? Pues tengo entendido que éste ha sido de hecho su pueblo y no donde nació.

—Joelito, me estás poniendo en un aprieto -me contestó algo desconcertado. Ya te había dicho que desde muy pequeño salí de San Francisco Jayacaxtepec, mi tierra natal, por lo que ahí no pude dar ningún servicio; pero ese pequeño pueblo lo llevo dentro de mí. En cuanto a Totontepec, que es donde viví casi la mitad de mi vida y a donde vengo cada vez que puedo, pues como tú sabes, yo vivo en la ciudad de México desde hace 40 años; pues bien, en Totontepec no he desempeñado ningún cargo.

Te voy a explicar, -ordenó su pensamiento-: En la región es costumbre que todos los egresados de las primarias, si no continúan sus estudios, están obligados a dar su primer servicio en calidad de topil, aunque la palabra topil en las ciudades significa un cargo importante, no es así en esta región en donde es el primer servicio que presta un individuo a su comunidad en actividades sencillas que pueden ser barrenderos, policías, mensajeros y hasta cargadores o cualquier labor de apoyo necesaria en el municipio; pero los integrantes de la banda municipal quedan exentos para ocupar éste o cualquier otro cargo más

importante, ya que los integrantes de la banda municipal tenemos muchas obligaciones y se puede decir que son más que las de cualquier simple ciudadano, incluyendo a los presidentes municipales y el grupo de colaboradores llámense síndico, regidores o alcalde, que trabajan únicamente un año y también los mayordomos de fiestas”.

—Oiga don Manuel -lo interrumpí- discúlpeme; pero creo que no siempre ha sido así, pues algunos músicos o directores de la banda han sido presidentes municipales. Me tocó ver algunos, como los señores Ezequiel Guzmán Reyes, Delfino Reyes Villegas, Manuel Alcántara Fernández y otros, lo mismo que alcaldes.

—“Es cierto, tienes razón -me contestó convencido- pero han sido pocos, tal vez los más capaces, porque la mayoría no hemos sido nombrados, pero internamente el grupo filarmónico también elige a sus autoridades anualmente, es costumbre que mediante el sufragio sea elegido un presidente de la banda y dos capillas, aunque en el lenguaje popular capilla significa otra cosa, pero por tradición para nuestra raza el capilla es el encargado de cuidar y cargar la caja o papelera que contiene las partituras que va a interpretar el grupo y las reparte a cada ejecutante, al concluir la ejecución las recoge nuevamente y las guarda; en suma el capilla es el encargado de mantener en orden y buen estado toda la papelería del repertorio de la banda musical; pero no solamente la papelería, sino también le corresponde mantener bajo seguridad y en buen estado todos los instrumentos, la limpieza de los mismos y hasta del inmueble que sirve de escoleta.

“En el pueblo de Totontepec -sigue “Manuel Pacheco”- se celebran dos importantes fiestas al año, por tal motivo son elegidos dos capillas quienes, independientemente de ocuparse de todo lo antes mencionado, uno de éstos propicia en su casa durante tres días los ensayos y está obligado a dar de comer durante ese tiempo a todos los

integrantes de la banda en vísperas de las festividades del santo patrón San Sebastián, que se conmemora el veinte de enero; al otro le corresponde hacer lo mismo para la fiesta del quince de agosto, día de la virgen de la Asunción. Precisamente, cuando cumplí veintidós años de edad, en 1943 fui nombrado capilla para atender esta festividad del quince de agosto; psicológicamente yo ya estaba preparado para cumplir eficaz y honestamente con el cargo, es más, por ser ineludible, yo estimaba que ya me tocaba desempeñarlo y por tratarse de una festividad en la que todos esperan divertirse, o porque es una costumbre ancestral, los familiares y amigos cooperan con uno para tal motivo en la medida de sus posibilidades”.

—Supongo que para entonces aparte de familiares, usted ya tenía muchos amigos, -le expresé mi inquietud-.

—“Claro que sí, Joel -me aseveró- tan es así que, dos días antes de los ensayos había mucho ajeteo en mi hogar, algunos hombres llegaban con sus tercios de leña, otros con garrafones de tepache (jugo de caña semifermentada, o aguardiente), hubo quienes traían rajitas de ocote resinoso que sirven para alumbrarse en las noches; los demás ayudaban a las mujeres colocando grandes ollas de barro para cocer tamales, caldos o el nixtamal y en otros espacios estaban las mujeres moliendo el nixtamal para hacer tortillas, cociéndolas en grandes comales de barro y por allá otras más moliendo chiles con sus condimentos para sazonar el caldo. Estas tareas duraban toda la noche anterior al día del inicio de los ensayos, la cual casi siempre era amenizada con música de bohemios, por eso recuerdo muy bien cuando llegó el señor Samuel Alcántara Gómez con su acordeón guindado al pecho, que sin decir más empezó a cantar y tocar una canción de su propia inspiración acompañándose con el teclado de su acordeón, luego con la vista me hizo una seña a la que yo pronto comprendí de que él deseaba que yo le hiciera segunda con mi guita-



rra y así lo hice, sacando rápidamente mi guitarra para cumplir su deseo; este acto llenó de alegría el lugar y como mucha gente se sabía la música y la letra de la canción, por lo que casi todos los presentes la estaban cantando porque, a decir verdad, a ésta la catalogaban como si fuera un himno al pueblo de Totontepec, pues al inicio dice así: "Somos totontepecanos de la sierra de los mixes, en donde hay tantas montañas que nos dan bellos paisajes, en donde las lluvias nunca se van y nubes blancas manto son". Después de ésta tocamos otras más, incluyendo danzones, boleros y pasodobles, de los que aprovecharon los presentes para bailar jubilosamente y como a las tres de la mañana cesó gran parte de la actividad y la mayoría se fue a descansar a sus casas; yo, por la intensa actividad de la noche, pronto me quedé dormido profundamente. Escasamente unas dos horas después más o menos, fuertes gritos y toquidos en la puerta me hicieron despertar bruscamente, ante lo cual me levanté todo aturdido y desorientado por un instante, pero muy pronto entré a una triste realidad al ver que mi casa estaba iluminando la madrugada, toda estaba envuelta en llamas contrastando con el alba que por el oriente apenas empezaba a teñirse tenuemente de color naranja, incendio que algunos amigos y vecinos ya le arrojaban agua; pero el fuego continuaba y por la lejanía de donde se traía este elemento resultaba ya inútil desperdiciarla, por mi desesperación no me di cuenta que había entrado nuevamente al interior de mi casa en llamas con el afán de rescatar algo de mis pertenencias y aunque escuchaba gritos de angustia de las personas que me decían: '¡por el amor de Dios sal de inmediato de la casa que te puede caer encima el techo!', no les hacía caso pero milagrosamente recibí una cubetada de agua que me hizo reaccionar reconociendo inmediatamente mi error, lo cual me impulsó a salir de la zona de peligro".

-No me imagino cuan profundas fueron su preocupa-

ción y angustia en momentos tan importantes de su vida -le comenté sorprendido.

-“¡Ay, amigo, fue tremendo mi sufrimiento! -me contesto suspirando y continuó-: Me encontraba sentado sobre el tronco de un árbol en una de las esquinas del patio de la que fue mi casa, yo ya estaba solo y pasaban ya de las siete de la mañana, me encontraba meditabundo, haciéndome preguntas sin respuesta, me decía ¿y ahora qué voy a hacer para cumplir con mi compromiso si ya todo se quemó? Por mi frustración y tristeza hasta derramé algunas lágrimas. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta cuando llegó el señor Manuel Alcántara, él fungía en ese año como presidente de la banda filarmónica y para que me diera cuenta de su presencia se vio obligado a darme un ligero tirón en el hombro, hasta entonces me percaté de su presencia y él empezó diciéndome: ‘Ya me enteré de este lamentable suceso, afortunadamente saliste ileso; deberías estar muy agradecido con Dios que fuera únicamente tu casa la que perdiste, las cosas materiales aunque duele perderlas, con un poco de esfuerzo extra en comparación de lo que uno hizo antes de perderlas, se pueden adquirir nuevamente, pero no así la vida, que es lo más valioso que todos los seres humanos poseemos y ésta es irreparable. Ahora bien, con respecto a tu compromiso, hoy es cuando vas a conocer a tus verdaderos amigos; pero también vas a conocer en realidad por cuánto cotizan tu valor moral y espiritual, y conste que esto nada tiene que ver con tus valores materiales o los conocimientos que tengas. Ahora te voy a dar una pequeña orientación; si yo estuviera en tu lugar, lejos de estarme conmiseraando de mi infortunio, ya estaría yo tocando en todas las puertas de mis familiares y de los amigos, en pos de ayuda porque no es vergonzoso pedir ayuda después de haberse uno afanado tanto para cumplir su deber y circunstancialmente es devorado por el producto de una fatalidad’.

-No sé si usted está de acuerdo conmigo -le dije- pero

yo creo que esas palabras y el consejo llegaron en el momento preciso.

—“Ahora estoy de acuerdo contigo, porque en ese momento yo no lo valoré así, yo no quería ver a nadie y por eso le puse mucha atención al señor Alcántara Fernández. Él se retiró caminando pausadamente mientras chiflaba una melodía titulada “Esperanza en Dios”, compuesta por el legendario compositor totontepecano José Rómulo Reyes; volteó ligeramente hacia mí y así pude darme cuenta que con su mano y dedo índice derechos marcaba el compás de la melodía; después, dándome la espalda, continuó caminando y en ese momento yo también empecé a chiflar haciéndole segunda. Este hecho me animó mucho e instintivamente moví la cabeza pensando que en realidad no estaba solo, ni era tan grave mi situación por eso emprendí el camino para buscar ayuda. En eso y de pronto me di cuenta que venían varios hombres cargando unos postes de madera y otros palos, también traían herramientas para cavar y unas enormes mantas, que en pocos minutos levantaron un manteado en el patio de la que fuera mi casa. Y así poco a poco fueron llegando matrimonios con tortillas ya hechas, diversas comidas y bebidas típicas de la región acostumbradas para el caso, imaginándome que todos se habían puesto de acuerdo en diversificar las viandas, que para mi satisfacción y alegría no faltó ni sobró de lo requerido. Después de la fiesta, y por ende mi compromiso, para mí ya nada fue igual, porque entonces yo me sentí muy comprometido material y moralmente con todos los que me ayudarí, inclusive hasta los que no se presentaron a colaborar para salvar mi compromiso, porque todo el pueblo está acostumbrado a que en cada fiesta surge en todos la práctica de la equidad con la cual procuran colaborar eficazmente en los diferentes frentes de mucha actividad y una de tantas es en la casa de los mayordomos que en este

tiempo eran dos por cada fiesta y que eran, como ya dije antes, los encargados de labrar las velas, y las de los regidores y padrinos de los diferentes ritos religiosos, de los cuales podemos decir que estos últimos son los principales protagonistas de los ocho días que dura una fiesta en Totontepec; resultando que las contribuciones económicas que le hacen a la iglesia son mínimas en relación con los gastos que realizan para darle de comer a la muchedumbre que asiste a oír música y a bailar los sones que interpretan indistintamente las dos o tres bandas filarmónicas que concurren, aunque una de éstas sea la local, todas consumen los alimentos en uno de estos domicilios durante tres días; de igual manera sucede para que tomen sus alimentos todos los deportistas que acuden a la fiesta a competir. Para mí era difícil entender la forma tan eficaz de solucionar esos grandes problemas; pero después de haber resuelto mi problema en forma solidaria, ahora no me cabe duda que esa es la mejor vía para solucionar todo tipo de problemas, por grandes que sean éstos, ya que antes con indiferencia yo oía decir la frase que «la unión hace la fuerza» y la esencia de estas palabras estuvo a mi lado con todo su significado”.

—Es una costumbre bonita y útil de nuestro pueblo -le comenté-; ojalá no se pierda, pues en las ciudades ya no se ve mucho de esto.

—“Ojalá las nuevas generaciones se encarguen de mantenerla -repuso “Manuel Pacheco” y añadió- después de relatarte todo esto comprenderás que ni remotamente pude haber ocupado la presidencia municipal o algún otro cargo de importancia en la comunidad, pero también hay que darse cuenta que los ciudadanos de los pueblos, como Totontepec, son muy inteligentes, saben quién, cuándo y por qué nombran a alguien para desempeñar tales o cuáles cargos, y también saben compadecerse de las personas que sufren algún percance y no las nombran. Creo que éste fue el caso mío”.

“Manuel Pacheco” creyó haber terminado la narración de su participación y actuación musical; pero yo necesitaba saber algo más de su rica experiencia y no me quedé con las ganas.

–Manuelito, por favor platíqueme ahora de esas visitas recíprocas que hace la banda municipal con las de otros pueblos.

–“Ese tema es muy importante -me dijo-, para su realización siempre ha sido necesario un acuerdo o coordinación con las autoridades municipales, ya sea que la directiva de la banda vaya a la Presidencia Municipal a hacerles alguna sugerencia, o bien ellas acudan a nuestra escoleta para solicitar nuestra colaboración y, con mucho respeto, el presidente o el síndico municipal empiezan por presentar a todo el cabildo, luego en coro o al unísono, rezan en voz alta una oración en nuestro idioma autóctono que por generaciones ha sido transmitida de unas a otras que se conoce como “palangón” y que en el español significa Oración, aunque la verdad no está registrado en el diccionario de la lengua española. El saludo ritual y ceremonial mixe o “palangón” totontepecano, traducido al español es el siguiente:

“Que Dios los guíe y proteja de día y de noche; ensalzamos a la Santísima Trinidad quien hizo la luz y con su resplandor y brillo nos la da.

“Honramos a la Virgen Santísima porque estamos bajo su manto y protección.

“Agradecemos al Santo Patrón a quien tenemos como padre, abogado y protector en nuestras carencias y enfermedades.

“A las almas benditas, quienes ya están con Dios, a ellas les pedimos que rueguen y oren ante el Padre celestial para que ustedes tengan paz, bienestar y armonía terrenal.

“Al Santo Ángel de la Guarda, quien vela y nos

protege todos los días, le pedimos que no caigamos en manos de provocadores y agresores.

“Con alegría y de corazón puro les damos un saludo, en nombre de Dios, aquí en su hogar, en donde transcurren sus penas y alegrías”.

–“Al terminar ellos, -prosigue “Manuel Pacheco”- nosotros también a una sola voz agradecemos el cumplido, pero antes de tocar el tema, ellos sirven los tradicionales aguardientes y mezcal que traen consigo y reparten en copitas a todos los integrantes de la banda, antes de tomar el contenido de la copa, por tradición, los mixes vertemos tantito en el suelo para invocar a la madre tierra a participar con nosotros de los frutos que ella proporciona al hombre y que este obtiene a través de su esfuerzo con la bendición de Dios; también le damos las gracias a las dos manifestaciones orográficas que Dios ubicó en precisos lugares, desde donde La Mitra, la primera y más cercana a nuestro pueblo, nos protege fielmente de la furia de los elementos naturales, como las tempestades con infinidad de tormentas eléctricas que descargan su poderío sobre la colosal roca y la otra, el majestuoso cerro del Zempoaltépetl, un verdadero mediador entre el calor solar y las lluvias, pues sin éste no se detendrían las nubes a generar las lluvias para regar las siembras y con los fuertes calores se secarían nuestros campos de labranza. Terminada la ceremonia de salutations recíprocas, entre copa y copa y con mucho respeto las autoridades empiezan a manifestar sus inquietudes, aunque en realidad para ambas partes sólo es una tradición protocolaria a la que se da seguimiento, ya que nosotros estamos conscientes que tenemos la obligación para tocar en todas las fiestas propias de nuestro pueblo e ir a pagar la cooperación que hacen las bandas de otras poblaciones vecinas, a invitación de nuestras autoridades y como es tradición que en nuestra región se practique con estas viejas costumbres, que tanto en la región mixe como en la región zapoteca a

esa reciprocidad musical se le conoce como “gozona”, por tal motivo tenemos que sujetarnos al itinerario de unos y otros, es por eso que vemos que son diferentes las bandas que nos visitan en cada fiesta, evitando que se sobrepongan las fechas de las fiestas de las bandas acreedoras de correspondencia o de las propias, porque independientemente de salir a pagar las reciprocidades, también atendemos todas las fiestas internas; esto explica aún más del porqué nos eximen de todos los servicios de la comunidad y aunque no existe ningún incentivo económico, todos cumplimos fielmente nuestro compromiso”.

—Por último, maestro Manuel, yo conozco a dos de sus hijos y sé que el mayor se llama Abel y el otro es Octavio, ¿acaso hay otros a los que yo no conozca?. Él, ya un poco cansado debido a su enfermedad, me respondió:

—“Realmente hubieran sido seis en total, pero los tres primeros murieron casi al nacer. Yo me casé con una totontepecana, eso lo sabes, a los pocos meses se embarazó de una niña, ambos nos alegramos mucho y nos preparamos comprando al menos lo más indispensable para esos casos, yo en lo particular me sentía eufórico a causa de la noticia, pero por desgracia murió una hora después del alumbramiento. Decían los que sabían algo de medicina que la criaturita no soportó respirar el aire y por eso murió de asfixia, sólo Dios sabe de qué falleció ya que en aquel entonces no había doctores en el pueblo ni a muchos kilómetros a la redonda. Este acaecimiento me desmoralizó mucho de tal manera que empecé a tomar licor más de lo acostumbrado y aunque hubo amigos y familiares, que me consolaban diciéndome: ‘Ánimo Manuel, no te des por vencido, aún estás muy joven y muy pronto llegarán más que ni abasto te vas a dar de atenderlos’. Yo sabía que me lo decían de muy buena fe, sin embargo yo ya no le hacía caso a nadie porque era más fuerte el resentimiento que se había apoderado de mí. Pero en esta vida suceden cosas increíbles algunas veces, y así de quien

menos se piensa recibe uno alguna palabra convincente. Sí Joel, yo estaba en juicio y entré a tomarme una copa de aguardiente en una tiendita, casualmente ahí se encontraba tomando el señor Ezequiel Guzmán, un maestro de música muy querido y reconocido por sus excelentes composiciones que ha aportado al repertorio de la banda municipal; pero también era reconocido, junto con el maestro Otilio Contreras, porque han llevado más lejos nuestro folklore musical, yo en particular lo apreciaba y respetaba mucho, ya que él fue mi instructor cuando yo apenas empezaba a tocar en la banda municipal; pero también se caracterizaba por la forma tan franca y cruda de expresar sus ideas. Cuando él me vio, muy efusivamente me ofreció su copa de aguardiente, que en ese momento sostenía en su mano aún sin tomarse el contenido y me dijo : 'Manuelito, tómate esta copa de aguardiente; pero saboréalo porque yo sé que a ti te gusta este elixir de los dioses, porque a decir verdad ellos nos lo donaron para el deleite de nuestro paladar y no podemos negar que sabe delicioso, que después de haberse tomado dos o tres copas se anima uno a platicar mucho, reír, cantar y hasta llorar'. Don Ezequiel calló un momento mientras apurábamos nuestro aguardiente, luego continuó diciendo: -'¿No es verdad eso, Manuelito? Yo no le contesté verbalmente; pero moví la cabeza en forma afirmativa'.

-Eran palabras de un hombre de experiencia, sin lugar a dudas -le expresé mi opinión.

-“Claro que sí, amigo Joel -respondió “Manuel Pacheco” y luego continuó; el maestro Ezequiel retomó la conversación diciéndome: 'Dicen las malas lenguas que desde hace días te andas emborrachando a consecuencia de la muerte de tu primera hija. Yo no creo que lo hagas por eso, ni tú mismo lo crees así . Yo no te lo creo porque reconozco el alto grado de inteligencia que posees. Desde mi punto de vista pienso que tú has tomado esa actitud únicamente para impresionar a tus seres queridos y



a los que te rodean, porque los estás culpando de tu mala suerte; pero ten mucho cuidado Manuelito de lo que estás haciendo, la mente suele ser muy susceptible, que de lo que maquinas hoy en forma de venganza puede ésta volverse en contra tuya y sin que te des cuenta puedes quedarte clavado con la mentalidad de un perdedor, y luego tratar de ahogar tus penas con licor y poco después convertirte en un alcohólico incontrolable. Todos los que protestan sus resentimientos en esa forma hoy están convertidos en escorias humanas, víctimas de la dependencia del alcohol. Te imaginas si yo me anduviera emborrachando perdidamente por la muerte de cada hijo, a estas alturas ya me hubiera convertido en un alcohólico sin control; porque yo no oculto el tener varias mujeres y todas con hijos míos; algunas de ellas han sentido en carne propia la muerte de alguno de sus hijos y yo he llorado con ellas esas muertes; pero después la vida tiene que continuar porque así tiene que ser. Yo también creo que no has tomado en cuenta tu condición de hombre, que por el simple hecho de haber nacido machos tenemos ya una gran ventaja en comparación con las mujeres, pues si una de ellas no cumple satisfactoriamente para lo que Dios las creó, tú puedes buscar a otra que pueda cumplir íntegramente tus deseos; sin embargo, tú Manuelito, te estás ahogando en un vaso de agua. Por eso te invito ésta y las que quieras únicamente hoy, porque mañana y todos los días tenemos muchas cosas importantes que hacer. Y por favor no justifiques con nada tus borracheras, eso déjase-lo a los perdedores que no tienen fe en sí mismos'. Me tomé esa única copa y me fui de la tiendita meditando con encontrados sentimientos propios, porque a decir verdad yo amaba a mi esposa y no me parecía muy honesto buscar en otras la felicidad que produce tener un hijo, aunque francamente yo encontraba demasiado tentadora esa idea, sobre todo para demostrar que soy tan macho como el que más y que hasta ese momento yo no

lo había demostrado. Por otro lado él pinchó muy profundamente mi ego al decirme que sólo pretextaba sentimiento por la muerte de mi hija para poderme emborrachar sin control aunque mentalmente me lo reprochara a mí mismo; pero le voy a demostrar a ese fanfarrón que no soy ningún alcohólico falso argumentista y desde hoy no voy a recibir ni comprar bebidas que me embriaguen.

—Maestro Manuel —le dije— fue una decisión maestra la que usted tomó.

—“En verdad sí, amigo, porque después continué viviendo sin darle ya tanta importancia a la tragedia que enlutó mi hogar y me sustraje totalmente de ese pasado, escribiendo mis temas musicales que ya tenían buen mercado. Sólo que la fatalidad me perseguía, sí Joel, porque nuevamente nació otra criatura en circunstancias similares a la primera muriendo también, y aunque me dolió mucho traté con todas mis fuerzas de no dramatizar en mis adentros este nuevo golpe de la vida. Muy pronto me llegó la tercera puñalada. Con ésta si estallé con todas las fuerzas de mi ser y empecé a llorar gritando, culpando a todos los que me rodeaban y principalmente a mi esposa por no haberse comportado como una verdadera esposa y buena madre. Entonces cometí el pecado más grande de que un ser humano puede cometer, ya que inconscientemente empecé a culpar a Dios de mi mala suerte, en voz alta le increpaba su actitud y le preguntaba ¿por qué me haces esto, Señor? ¡Dime!, ¿qué es lo que no te ha gustado de mí? Qué acaso para ti ¿no es nada ir a tu iglesia y rezarte y tocar y cantar tus alabanzas? ¡Muchos que yo conozco ni siquiera se paran por tu iglesia y a ellos si les das hijos sanos y robustos! ¡Si realmente existes, entonces eres muy injusto, aunque yo creo que tú eres sólo una farsa de los clérigos! Y así, nuevamente empecé a ingerir aguardiente y un día, con todo el coraje del mundo, tomé algunas cosas indispensables para huir de mi hogar con rumbo a la ciudad de Oaxaca. Ese día se en-

contraba muy claro, el cielo con un sol radiante cuando emprendí la huida. A pocos kilómetros, una legua tal vez de la población, me senté a descansar a la orilla del camino y junto a una oquedad que alguien dejó al sacar tierra para construcción y que era una pequeña curva; por mi estado de ebriedad, me quedé dormido al mismo tiempo que empecé a soñar que en este viaje, al llegar al río de Tiltepec, me sorprendió un fuerte aguacero de tal manera que me obligó a buscar un refugio y atravesando el río me di cuenta que, dejando el camino real e internándome unos diez metros en la espesura, había ahí una cueva natural muy amplia para guarecerme, al llegar al interior de esta cueva me di cuenta que ya estaba ocupada por un hombre, quien ya había hecho una fogata en donde también ya hervía su café; yo pensé que él previó la tormenta y entró a la cueva antes que ésta desatara su furia torrencial, pues de inmediato me di cuenta que su blanca vestimenta la conservaba seca; él, al ver toda mi ropa empapada por el vital líquido, dejó escapar de sus labios una leve sonrisa, dejando al descubierto unos dientes muy blancos contrastando con el color de su piel morena y más contrastante aún por las arrugas que surcaban ya su rostro, yo podía calcular fácilmente que se trataba de un hombre que rebasaba ya los ochenta años de edad y que pese a su descomunal estatura, que quizá era superior a los un metro ochenta centímetros, aún así su cuerpo conservaba la verticalidad. Al estrecharnos las manos para saludarnos, noté que éstas no correspondían a las clásicas manos de un campesino, que suelen ser toscas y ásperas por las callosidades, sino todo lo contrario, él las tenía muy blandas y limpias; también hablaba perfectamente bien mi dialecto, sin acento alguno tono o variación como suelen tener los moradores de otros pueblos mixes distantes al mío; de esto me di cuenta cuando en son de broma me dijo: 'sea usted bien venido a este palacio, señor Manuel Pacheco. De esta ocurrencia am-

bos reímos. Yo un poco intrigado le dije: ¿qué usted me conoce? A lo que él me respondió: 'naturalmente que te conozco, aunque digan las estadísticas que somos más de cien mil mixes los que poblamos esta región'. Yo no le cuestioné su comentario, porque verdaderamente yo ignoraba ese tema y porque también ya estiraba sus largos brazos hacia mí llevando en sus manos una humeante taza de café y así en silencio apuramos nuestro café. En un principio lo creí un hombre ignorante aunque muy aseado, que en lugar de pantalones llevaba un antiguo calzón largo de manta con dobleces al frente y con costuras reforzadas atrás y la camisa también era de la misma tela y con pliegues; sus huaraches con suela de hule eran sostenidos con tres correas, o sea los clásicos pata de gallo".

-Perdone Don Manuel que lo interrumpa, -le dije-, lo que me está narrando es el sueño que usted tuvo durante su siesta, ¿no es así?

-“Así es mi amigo, ahora permíteme continuar. En la medida que transcurrían los minutos yo iba encontrando en sus ojos el brillo de una luz de mucha sabiduría que me motivó a preguntarle: señor, ¿cuál es su oficio? Y él me respondió: 'soy hierbero, curandero y partero'. Yo muy sorprendido exclamé: ¿Partero? ¿Qué acaso ese oficio no es exclusivo de las mujeres? Serenamente él me respondió: 'Sí, tú tienes mucha razón, mayor aún si tomamos en cuenta que ningún hombre de estas tierras permitiría que otro metiera las manos en lo más íntimo de sus mujeres y ten la seguridad que ni en los casos de suma urgencia lo permitirían, pero consciente de esto yo he estado preparando a una mujer en cada pueblo para que asuma esa responsabilidad'. Ansiosamente le pregunté: ¿y en mi pueblo, señor, quién es la mujer preparada para atender los partos allá? Él, mirándome muy fijamente a los ojos y después de parpadear lentamente en dos o tres ocasiones, me respondió: 'Sí, ya adivinaste. La

señora Pancha Cabrera, la que atendió eficazmente a tu mujer en sus tres partos'. Yo, al oír ese nombre, reaccioné violentamente y le dije: ¿esa bruja? Por esa mujer inepta estoy deshecho moralmente; le confié tres veces los embarazos de mi mujer y las mismas veces que murieron mis tres hijas al nacer. ¿Aún así la califica de honesta y efectiva en su deber? Entonces él, ya algo contrariado y en tono irónico me respondió: 'Don Manuel, ¿tú conoces matrimonios que tienen a todos sus hijos sanos y robustos?. A esta pregunta yo ya no la respondí, pues me encontraba demasiado ofuscado para hacerlo, pero aún así continuó diciendo: 'Pues bien, esa prosperidad de los hijos no es obra de la casualidad, los padres son hombres honrados y amorosos, que luchan incansablemente por conservar en primer término a sus esposas sanas y fuertes para así afrontar con éxito la maternidad y ellos procuran cuidar a sus esposas desde el principio de la gestación, dado que la señora Pancha nunca ha omitido su obligación de indicarle al esposo de una futura madre, que dentro del vientre de ésta late ya el corazón de un nuevo ser y que consecuentemente la madre necesita alimentación en mayor proporción que en su estado normal; pero no sólo en cantidad, sino que también con mayor calidad de nutrientes como los que contienen los huevos, el pescado, la carne y todos los lácteos'. Cuando el viejo hizo una pausa yo le cuestioné rápidamente: usted habla de unos alimentos que no están al alcance de nuestros bolsillos, ¿qué acaso usted ignora la extrema pobreza en que vivimos? Él volvió a sonreír irónicamente mientras movía la cabeza en forma negativa y me increpó: Contéstame primero por favor, ¿la señora Pancha te advirtió desde los primeros meses de la gestación de que tus hijas no mostraban un crecimiento ni siquiera regular debido a la falta en ellas de más y mejores elementos vitales para esos casos? ¡Sí o no!' Sí, le respondí; pero ella también hablaba de esos alimentos caros. Luego el

viejo agregaría, ahora lo hacía pausadamente, palabra por palabra: 'Tú si estás muy bien enterado del costo de esos alimentos porque, convertidos en ricas botanas, continuamente los consumes con tus amigos de parranda, con los quesos, sardinas, huevos, chicharrones y otros alimentos muy ricos en proteínas, tú te has agasajado. Si tu esposa hubiera consumido los mismos en su estado de gravidez, tus hijas hubieran nacido y vivieran hoy saludablemente; pero no, porque todos los hombres con el mismo criterio tuyo creen que Dios está únicamente para cumplir caprichos; tú debes saber que hay quienes verdaderamente aman a Dios, porque amar a Dios es también amar al prójimo y los prójimos más cercanos son los hijos, por lo que para los padres nada debe ser más importante que la felicidad de los hijos y de todos los niños aún inocentes y ten la seguridad que Dios premia a los padres que desde el vientre de la madre empiezan a cuidar y proteger a sus hijos, alimentándolos bien; pues para esos padres son los milagros de los cuales la humanidad se asombra cuando se manifiestan en los hombres que tienen fe en Dios y tú, ¿qué le has dado a Dios para ser acreedor de sus milagros? Al contrario, cuando tocas y cantas en la iglesia se te olvida que debes hacerlo para alabar a Dios: pero no, porque soberbiamente tus sentimientos se vuelven hacia quienes te oyen tocar y cantar; en cambio si lo hicieras dirigiendo realmente tu música y canto hacia Dios, él se sentiría muy complacido en bendecirte junto con toda tu familia, porque él es muy bondadoso y no necesita de mucho para dar amor a quienes lo merecen. Así que ya no estés culpando a otros de tus propios errores, reconoce tus culpas y piensa que Dios ya te dio todo para que puedas formar una bonita familia, tienes una mujer fértil y, por si fuera poco, está a tu disposición otra mujer que, aunque no estudió en ninguna escuela de medicina, Dios le otorgó un don intuitivo e innato para salir con éxito en cada parto que atiende e

incluso se dice que, aun estando todavía en el vientre de la madre, puede diagnosticar el sexo del producto. Yo desde hoy te digo un secreto que ella me confió y es esto: que tu matrimonio está predestinado para que en los siguientes partos los tres primeros sean niños y el cuarto una niña”.

—Oiga, qué regañiza le puso en sueños ese viejito, - lo bromeo un poco.

—“Eso parece; pero déjame terminar el relato de mi sueño. —Me atajó “Manuel Pacheco”. Cuando ese viejito terminó de sermonearme, tomó una Biblia que traía consigo en su morral repleto de hierbas, me atreví a decirle: ¿va usted a buscar en alguna página de la Biblia el siguiente sermón? Y él, con una inocente sonrisa me contestó: ‘No. Si yo ni siquiera sé leer; pero me sirve de almohada y como no soy yo quien está todo mojado de la ropa, entonces te presto mi gabán para que te cubras mientras se seca tu ropa con el calor de la fogata’. Paramos de platicar y yo me acomodé lo mejor que pude para dormir y me tapé con su sarape; el viejo efectivamente se puso de almohada la Biblia y yo le quería decir en son de broma que si traía otra Biblia para también ponérmela de almohada; pero esto ya no sucedió porque él ya estaba dormido roncando plácidamente, por lo que yo de inmediato hice lo mismo. Yo creo que dormí dos horas más o menos, cuando desperté de mi siesta, creyendo que todo había sido real, busqué a mi compañero de posada; pero él ya no se encontraba y por un momento pensé que se había ido por ahí a hacer sus necesidades fisiológicas y empecé a gritarle: ¡Eh, amigo!, ¿en dónde se ha metido? Y es que yo ni siquiera sabía ni su nombre, porque nunca se me ocurrió preguntarle. Mi ropa estaba totalmente seca porque en verdad no se había mojado y busqué las cenizas del fogón; pero jamás se había hecho ninguna fogata ahí, aún así seguí pensando que el anciano había secado mi ropa y después por precaución apagó con agua el fo-

gón y borró toda señal del fuego. Antes de abandonar la cueva grité muy fuerte internamente: ¡cuando quiera usted su sarape, lo pasa a recoger en mi casa!, porque ésta prenda sí la tenía yo en verdad, no solo era producto del sueño, sin saber quién me cubrió con ella. Salí de la pequeña cueva, la real y verdadera, pensando en mil cosas, analizaba la regañada que yo había recibido del anciano y movía yo la cabeza negativamente a la vez que sonreía mofándome de mí mismo y hasta pensaba en voz alta expresando: qué osadía del fregado viejo, cómo sabe de mí con todas mis malas mañas y naturalmente yo acepto que él tiene toda la razón, por lo cual voy a tratar de asimilar algo de lo mucho que él me dijo, sin importar que sólo haya sido a través de un sueño, aunque para mí no será fácil, sin embargo me propongo hacerlo. Con estos pensamientos emprendí el regreso a mi humilde casa y apresuré el paso para llegar a tocar y cantar el rosario de la tarde en la iglesia del pueblo.

—¿Podemos estar de acuerdo y yo que fue un sueño muy provechoso o útil?-le pregunté.

—“Claro Joelito. Dicen que los viejos son los mejores consejeros por su experiencia; pero ya que estamos en esto, debo confiarte un hecho, éste sí fue real, yo lo realicé. Escucha -me dijo: Tú sabes que existe un pueblo que se llama Juquila, pertenece a la costa oaxaqueña del Pacífico. Allá se realiza el 8 de diciembre de cada año una gran fiesta en honor de una virgen conocida como de Juquila. Hace 40 o 50 años todavía nuestros paisanos tenían que caminar 9 días para llegar allá, pues dicen que esa virgen es muy milagrosa y por eso la gente se disponía a realizar grandes sacrificios para viajar y hacer de éste todo un acontecimiento que se programaba con meses o tal vez años de anticipación. Las personas que se decidían o tenían una manda para ir a esa fiesta, tenían que llevar mozos, y los que podían, bestias para cargar una gran cantidad de alimentos duraderos que fueran



suficientes para unos veinte días, es decir, de ida y vuelta. Cuando salían del pueblo, y más cuando regresaba el grupo, eran despedidos, o recibidos, según el caso, con música, flores y cohetes. Ellos, por su parte, cuando iban llegando de regreso se anunciaban con cohetones desde un mirador en medio del tupido bosque, a unas dos leguas (ocho kilómetros) del pueblo, luego los familiares y otras personas corrían a su encuentro. Los peregrinos denotaban en su físico cansancio y algunos enfermedad, pues no era para menos, ya que fueron a sufrir de tanto caminar y comer y dormir escasamente. Bueno pues, yo me decidí, juntamente con mi esposa, ir a solicitar milagro a la Virgen de Juquila, consistente en que con su bendición ayudara a mi esposa y a mí a que nuestros hijos se logaran. Tuvimos que hacer el esfuerzo que te he descrito y así, en un lugar que le llaman "el pedimento", un poco antes de llegar a Juquila, donde se detienen los viajeros fiesteros para descansar y realizar su petición, yo agarré un poco de barro que había junto a un pocito y con el fabriqué un muñequito al que le coloqué un pedazo de papel pautado en una mano y en la otra una batuta y así, en actitud de director del muñequito, se lo ofrendé a la Virgen. Desde luego este deseo lo reiteramos con oraciones una vez que estuvimos frente a la imagen. Por cierto, amigo, después de caminar azarosamente durante los nueve días ya dichos para llegar al mencionado santuario, solamente media hora, o cuando mucho una hora es lo que uno permanece dentro del templo el mero día de la fiesta, o sea el 8 de diciembre, para admirar a la Virgen, pues es tanta la gente que acude que uno tiene que darse la oportunidad de que todos pasen a cumplir con su devoción. Además, hay que pensar en el regreso y la misma tarde se inicia ese retorno, ya confortado por haber cumplido con un acto de fe.

Así transcurrió mi existencia y las palabras del anciano resultaron ser proféticas aunque hayan sido en sueño;

porque mi primer hijo es hombre y se llama Abel, el segundo Octavio, el tercero Lauro y la última Silvia. Creo que el milagro se lo debo a la Virgen de Juquila; pero ignoro si a toda la gente se le cumple su deseo o aspiración. Misteriosamente desapareció el sarape, que también fue real, el cual intencionalmente yo usaba con frecuencia con la esperanza de que algún día apareciera el dueño, lo cual no sucedió; pero mi esposa y yo dedujimos que, al estar colgado en el tendedero, alguien vino y se apropió de él indebidamente. Así terminó en realidad lo que inicialmente fue un sueño”.

–Muy interesante en verdad su narración -me sentí impulsado a decirle- sobre todo la parte del sueño con el viejito, sin dejar a un lado lo de Juquila, ya que esto sí fue realidad.

–“Creo que nuestra plática va llegando a su fin; pero no quiero dejar de contarte otro hecho algo increíble, que me sucedió realmente -dijo “Manuel Pacheco”-. Esta vez yo ya alternaba mi tiempo trabajando en Totontepec y en la ciudad de Oaxaca, ayudado principalmente porque la brecha carretera ya llegaba hasta el pueblo de Ayutla, con la cual se acortaba un poco la distancia de un punto a otro y sobre todo el factor tiempo. En efecto, los sacerdotes de las iglesias de El Carmen Alto de la ciudad de Oaxaca y de la Virgen de Juquila del pueblo de San Juan Chapultepec (San Juanito), cercano a la misma ciudad, me contrataron para preparar a sus grupos de coros respectivos, destinados a los ritos religiosos; también en la iglesia de La Merced de la capital oaxaqueña, donde yo tocaba el órgano. En una ocasión, cuando terminé mi turno en la iglesia de San Juanito, salí de ésta con el fin de trasladarme a la de El Carmen Alto, para lo cual había que atravesar a pie el río Atoyac y como era tiempo de lluvias, esa tarde precisamente había caído un fuerte aguacero que hizo crecer el río en toda su dimensión, imposibilitando ser cruzado al lado opuesto y empecé a buscar

un vado, pero el río, además de caudaloso, tenía demasiado turbia el agua, así ni por asomo se podía distinguir algún lugar vulnerable para poderlo cruzar, en eso sorpresiva y repentinamente vi que dos hombres fornidos iban ya a la mitad del río cargando al anciano profeta de mi sueño y llevaba puesto el gabán desaparecido, por eso lo reconocí de espaldas y le empecé a gritar muy fuerte en dialecto, apenas sí volteó para verme y levantando la mano derecha en todo lo alto se despidió de mí, enseguida los dos hombres regresaron por mí y en absoluto silencio me levantaron para cruzar el río; ya del lado opuesto se retiraron muy rápidamente como si tuvieran mucha prisa, ni siquiera me dieron tiempo para agradecerles el favor”.

—Oiga don Manuel -le dije- todo esto último me suena a fantasía, si no fuera porque conozco San Juanito y el río Atoyac en cuya margen está, la verdad no lo creería.

—“Hay cosas que uno no cree ni se explica -contestó-. Ahora va la parte final del relato. Transcurrió el tiempo y aunque yo tenía trabajo en tres partes, llegó el momento en que, hablando musicalmente, ya no me satisfacía lo que estaba haciendo, porque me imaginaba que en la ciudad de México encontraría yo la oportunidad de mis sueños, aunque sabía también que para lograr esto no iba a ser nada fácil y aún así emprendí el viaje. Al llegar a la gran ciudad de México me sentí en un mundo desconocido; tal parecía como si la ciudad no tuviera fronteras por su desmedida extensión y aunque por todos lados había mucho movimiento en los grandes almacenes, tiendas y mercados, los empleos eran escasos para los recién llegados, además los que ahí existen muchos eran para trabajadores especializados en alguna materia. Por aquel entonces ya había algunos paisanos míos viviendo en esa enorme ciudad; el señor Samuel Alcántara Gómez, mi primer maestro de teclado, también ya vivía allá y él me dio posada. Juntos buscamos algún empleo conveniente

a mis planes y así llegamos a las oficinas de la Banda Sinfónica de la Secretaría de Marina, en donde hice la solicitud correspondiente para ingresar a este complejo musical. Antes de mi solicitud había ya cientos más esperando su oportunidad; pero como esa era mi meta principal me armé de paciencia para una larga espera y junto con mi maestro Samuel, abordábamos los camiones urbanos para entretener un poco a los usuarios tocándoles algunas melodías y en agradecimiento algunos nos daban unas monedas; en realidad no nos iba tan mal porque siempre juntábamos lo suficiente para comer y algo más. Por fin llegó el ansiado día de ser aceptado en la banda filarmónica de la Marina, lo cual significaba que ya podía contar con un sueldo fijo, seguro y todas las prestaciones de las que goza un servidor público; este respaldo me dio confianza para trasladar a toda mi familia a la ciudad de México. Para entonces mi hijo Abel contaba diez años de edad, Octavio seis y Lauro cuatro, tiempo después ya en México nació Silvia y ella fue la última. Si bien es cierto que esta situación mejoró a mi familia, también debo recordarte que no era lo único por lo que llegué hasta la capital mexicana, sino más que nada porque mi deseo vehemente estaba fincado en el arte musical, por lo que un día le propuse a mi hijo Abel la necesidad de comprar algunos instrumentos, primordialmente para que mis dos hijos fueran aprendiendo a tocar poco a poco, aunque ellos por ser hijos de un músico, sabían ya interpretar los signos musicales y por ende tocar algo de guitarra y el armonio; pensé también que debía de comprar un aparato de sonido moderno, de esos que controlan y mejoran los tonos acústicos. En primera instancia Abel no creyó factible lo que le propuse, porque simplemente sonrió levantando los hombros; pero Octavio, que también estaba presente oyendo nuestra conversación, jubilosamente dijo -'A mi cómprame una guitarra eléctrica, te juro aprender rápido'. Luego le respondí: yo te creo y te la compraré. Inmediatamente volví la vista hacia Abel sin

decir palabra y él lo comprendió porque me dijo: 'Si es cierto eso entonces yo quiero un teclado; ¿qué acaso tienes dinero para comprarlos?, porque yo los he visto en las tiendas y son muy caros'. A su inquietud yo le respondí: No precisamente, pero puedo adquirirlos en abonos. Así fue como empezamos y cinco años después pudimos formar un buen conjunto musical con aparatos de sonido modernos y con luces de fantasía y cinco años consecutivos vinimos a tocar acá en Totontepec sólo por amor a este pueblo, ya que nunca le cobramos nada, la comisión de festejos sólo costaba el transporte del personal y de los aparatos eléctricos, o también algunos paisanos de buena voluntad, como mi compadre Ildefonso Reyes Soto, quien dos veces consiguió y costó el primer autobús más grande que llegó a nuestro pueblo, era del Instituto Politécnico Nacional y causó gran admiración. La segunda vez lo volvió a conseguir aunque ya no lo costó solo, sino con el difunto Rubén Reyes; pero aún así resultaba muy costosa la movilización de todo lo necesario para montar un espectáculo musical, ya que nuestro conjunto a esas alturas era ya una pequeña empresa que generaba empleos, aunque fuera para unos cuantos y que por ser un complejo de luces y sonidos, la instalación de todo esto requería la participación de técnicos especializados en esta materia y eran los que se encargaban de ajustar y balancear el timbre de todos los instrumentos eléctricos para que los bafles no distorsionaran los sonidos. Pero en esta vida todo lo que empieza también tiene un final y llegó ese día para nosotros. Esto sucedió cuando nuestra moneda tuvo una severa devaluación que afectó a todos en nuestra república, elevándose el costo de todo hasta en doscientos por ciento. Por esta situación se rompió la bonita costumbre de venir hasta acá con nuestra música con el fin de alegrar las fiestas del veinte de enero, día de San Sebastián Mártir".

-Qué lástima Manuel -le dije; pero dígame algo más sobre su grupo musical.

—“En un principio nuestro conjunto llevó el nombre de “La Mitra” en honor a la monumental roca que se yergue en las alturas al poniente de nuestro pueblo, con su efigie semejando a una deidad, por eso para nosotros es el símbolo de nuestro pueblo; pero al conjunto le duró muy poco este nombre ya que en el ámbito artístico, para alcanzar la popularidad, debe tener un nombre atractivo, y esta idea nos motivó a cambiarle el nombre por «Tropicana Oaxaca». Con este conjunto siento que alcancé todas mis metas anheladas y para lograrlo tuve que depositar en él todos mis sentidos hasta olvidar otros sentimientos, y ahora, bastante tarde, sé bien que hice mal y que fue pecado, porque actuando así tuve en constante presión a toda mi familia, nunca me pregunté si ellos eran felices con mi manera de ser y hacer las cosas, que quizá egoístamente pensé sólo en el camino que Dios me asignó desde mi infancia, el cual yo acogí en mi corazón con mucho amor hasta enorgullecirme por ser músico, compositor y arreglista. Hoy confieso que estos logros me hicieron inmensamente feliz por eso no deseo ni le pido a Dios más de lo que Él me ha dado, porque hasta mi voz y mis composiciones quedaron grabadas como huellas imborrables de mi transitar en la vida. Ahora me pregunto ¿y mis hijos?, ¿serían felices como lo fui yo cuando interpretábamos juntos todo género de música de la nueva ola con los instrumentos más modernos y sofisticados de la actualidad? o ¿acaso los arrastré a un trauma psicológico y todo por no saber que mi frenética carrera por alcanzar el éxito les hacía daño? Y si fue así, entonces les pido mil perdones, porque yo no puedo resarcir ya en nada esos sufrimientos pasados que les causé”.

Después de platicar por espacio de tres horas era natural que él se sintiera ya muy cansado, pero aún así se levantó de su asiento para darnos un abrazo de despedida y con ello el fin de nuestra conversación.

Pasaba ya del medio día cuando me fui a sentar en una de las bancas de madera que están en el corredor de la planta baja del palacio municipal. Yo sabía que a esa hora se van todos a comer y para mis planes resultaba idónea esta hora para estar solo y así poder hacer algo de memoria.

Empecé a recordar cuando años atrás el señor “Manuel Pacheco” dirigía la banda filarmónica del pueblo y cuando no era eso, él de todas maneras la acompañaba tocando cualquier instrumento, incluyendo la tuba y con el trombón siempre vi y oí su magnífica intervención haciendo el solo cuando tocaba su turno en la interpretación del son “Bajo el Cielo Mixe», compuesta por el señor Otilio Contreras Ortega, melodía que cruzó las fronteras de nuestra nación llegando hasta las ciudades europeas, en donde tuvo gran aceptación. También estaba yo recordando cuando invité a un amigo del Distrito Federal a Totontepec a pasar las fiestas de San Sebastián Mártir del veinte de enero; es muy normal que en esas fechas por las tardes se cubra de nubes el pueblo entero; sentados mi amigo y yo precisamente en la misma banca, él empezó a oír música de banda que provenía de un punto sin referencia, muy intrigado y levantándose del asiento exclamó: “¿Me puedes decir de dónde proviene esa música?” Entonces yo le señalé por el norte hacia una lomita muy cercana a nosotros, luego le dije: espera un momento a que emerjan de las nubes, y así fue, entre los músicos apareció tocando un clarinete precisamente el señor “Manuel Pacheco”, momentos después casi como un susurro, mi amigo me comentó: “¡Melodías en la niebla! Es la primera vez que observo algo así”.

*Melodías en la niebla*

se terminó de imprimir en el mes de octubre del 2002  
en la Dirección General de Culturas Populares e Indígenas

Cuidado de la edición  
Subdirección de Difusión y Publicaciones

La edición consta de 1,000 ejemplares



Diseño y formación:  
Signar Comunicación Gráfica



Centro de  
Información y  
Documentación

**Alberto Beltrán**



008311

En el pueblo de Totontep  
Morelos, aun en tiempos de estiaje, por las  
tardes se cubre de niebla y en ocasiones llueve.

Y si se encuentra tocando la Banda  
de Música ésta sólo se escuchará, sin ser  
vista, debido a la densidad de las  
nubes casi a ras del suelo.